

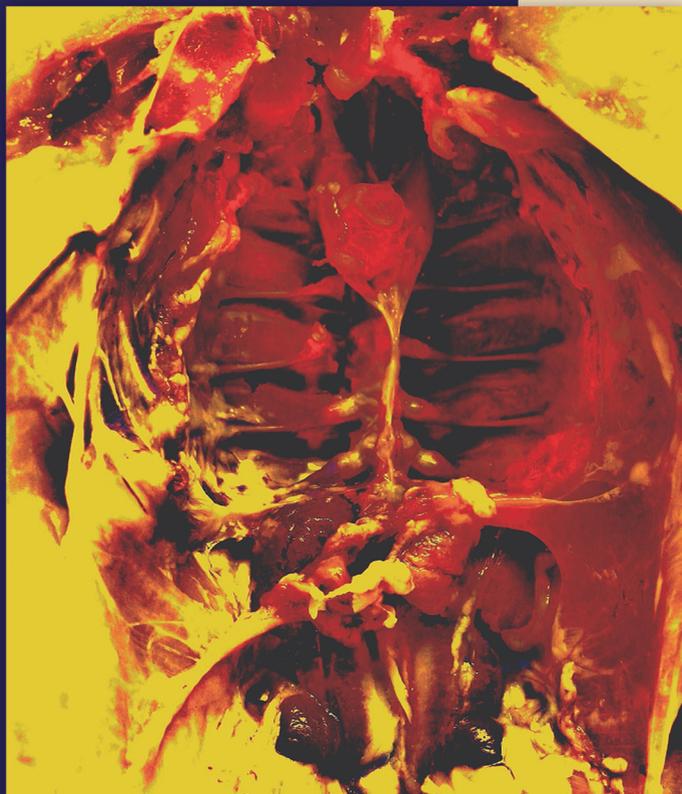
BIBLIOTECA JAVIER COY D'ESTUDIS NORD-AMERICANS

# EL 11 DE SEPTIEMBRE

## Y LA TRADICIÓN DISIDENTE EN ESTADOS UNIDOS

VICTOR JUNCO, CRISTINA GARRIGÓS, DANIEL FYFE, MANUEL BRONCANO, EDS.

---



**PUV**



EL 11 DE SEPTIEMBRE  
Y LA TRADICIÓN DISIDENTE  
EN ESTADOS UNIDOS

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

<http://www.uv.es/bibjcoy>

Directora  
Carme Manuel

EL 11 DE SEPTIEMBRE  
Y LA TRADICIÓN DISIDENTE  
EN ESTADOS UNIDOS

Editores

Víctor Junco, Cristina Garrigós,  
Daniel Fyfe, Manuel Broncano

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans  
Universitat de València

*El 11 de septiembre y la tradición disidente en Estados Unidos*

© Víctor Junco, Cristina Garrigós, Daniel Fyfe, Manuel Broncano

1ª edición de 2011  
Reservados todos los derechos  
Prohibida su reproducción total o parcial  
ISBN: 978-84-370-8058-1

Depósito legal: SE-2090-2011

Imagen de la portada: Sophia de Vera Hóltz  
Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Publicacions de la Universitat de València  
<http://puv.uv.es>  
[publicacions@uv.es](mailto:publicacions@uv.es)

Impresión: Publidisa

# Índice

Introducción (los editores) .....	11
-----------------------------------	----

## I. PATRIOTISMO Y RESISTENCIA

¿Patriotas que persiguen a traidores?: Anthony Comstock y John Edgar Hoover <i>Isabel González Díaz</i> .....	21
---	----

Estado, ley y justicia en el cine de juicios norteamericano <i>María José Álvarez Maurín</i> .....	31
---	----

La frontera es, la frontera no es <i>Ana M<sup>a</sup> Manzanas Calvo</i> .....	45
--	----

Consiento, discrepo, protesto, resisto, lo siento: la disidencia norteamericana durante los años de la guerra de Vietnam y su narrativa <i>Carlos Junco Ezquerro</i> .....	57
---	----

Vietnam y los <i>Weather Underground</i> : el terrorismo como protesta <i>Jesús Lerate de Castro</i> .....	69
---	----

Contra la niebla de la obediencia: los orígenes del movimiento de resistencia a la guerra de Vietnam “RESIST” <i>José Manuel Rodríguez Herrera</i> .....	77
--	----

## II. LITERATURA Y DISIDENCIA

Disidencia y contradisidencia en Estados Unidos: de la Edad de Oro a la edad del oropel <i>Manuel Broncano</i> .....	91
La diferencia como discurso de patriotismo o de disidencia en Walt Whitman y en Herman Melville <i>Rodrigo Andrés</i> .....	103
Un disidente por antonomasia: los ensayos de Arthur Miller y la política estadounidense contemporánea <i>Juan Ignacio Guijarro González</i> .....	117
Disidencia y consentimiento: narrativas de trauma y curación en las literaturas étnicas de los Estados Unidos <i>Silvia Martínez Falquina</i> .....	131
Las madres míticas de la cultura chicana: subversión contemporánea en la literatura de mujeres <i>María Henríquez Betancor</i> .....	143
Abelardo Delgado: un patriota rebelde <i>Juan Ignacio Oliva</i> .....	157

### III. TRAICIONES Y LEALTADES TRAS EL 11-S

Consideraciones sobre el antiamericanismo: del <i>Vietnam Memorial</i> a la reconstrucción de la Zona Cero <i>Cristina Alsina Rísquez</i> .....	171
Disidencia política y género tras el 11-S: la traición patriótica de Cindy Sheehan y Jersey Girls <i>Esther Álvarez López</i> .....	191
Imágenes, traumas y 11-S en la literatura étnica norteamericana <i>Jesús Benito</i> .....	205
Patriotismo y humanismo tras el 11 de septiembre <i>Cristina Garrigós</i> .....	215
Voces de resistencia en la era digital: globalización, identidad y ciberactivismo después del 11 de septiembre <i>Víctor Junco Ezquerro</i> .....	227
Estados Unidos desde el 11-S: reflexiones de un expatriado <i>Dan Fyfe</i> .....	243



# Introducción

El disenso es la forma más elevada de patriotismo.

Howard Zinn<sup>1</sup>

En tiempo de crisis, el acto más patriótico de todos es la inquebrantable defensa de las libertades civiles, el derecho a disentir y la igualdad ante la ley para todos los norteamericanos.

Eric Foner<sup>2</sup>

En 1846, en plena guerra entre Estados Unidos y México, Henry David Thoreau se negó a pagar unos impuestos que servirían, pensaba él, para sufragar aquella contienda imperialista a la que se oponía con rotundidad. Se cuenta que, brevemente encarcelado por su insumisión fiscal, el escritor de Massachusetts recibió en prisión la visita de su amigo Ralph Waldo Emerson. Transcurrió quizás entonces esa conversación tantas veces citada: “Henry, ¿qué haces ahí adentro?”, preguntó Emerson, a lo que Thoreau respondió: “Waldo, la pregunta es, ¿qué haces tú ahí afuera?”. Nunca sabremos con exactitud si esa conversación tuvo lugar en tales términos, pero sí que su coherencia disidente había llevado al autor de “Desobediencia civil”<sup>3</sup> a aceptar con naturalidad y entereza el castigo. “La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en todo momento lo que creo correcto”, escribió entonces. Medio siglo después, con motivo de otro episodio bélico, el de la anexión estadounidense de Filipinas y la posterior guerra, Mark Twain participó en la fundación de la Liga Anti-Imperialista. Pasados unos pocos años, y recordando las críticas recibidas por quienes, como él, se habían opuesto a aquel nuevo episodio del imperialismo norteamericano, señaló: “Nos hemos desprendido de nuestro bien más valioso: el derecho del individuo a oponerse tanto a su bandera como a su país cuando él (sólo él, por sí mismo) considere que están equivocados. Lo hemos arrojado lejos y, con él, todo lo que había de respetable en torno a esa grotesca y ridícula palabra: patriotismo”.<sup>4</sup>

Hay en las palabras de Thoreau y Twain ecos de una tradición anticonformista que llega hasta nuestros días, pero que se remonta, en realidad, a los orígenes de la nación que les vio nacer y morir. Estados Unidos es un país surgido de la disidencia y la rebelión contra la autoridad. La libertad de expresión y el derecho a disentir han sido generalmente

---

<sup>1</sup> Sharon Basco, “An Interview with Historian Howard Zinn”, [www.tompaine.com](http://www.tompaine.com), 3 de julio de 2003.

<sup>2</sup> Eric Foner, “The Most Patriotic Act”, *The Nation*, 8 de octubre de 2001. 13.

<sup>3</sup> El título original del ensayo fue “Resistance to Civil Government” (1849), pero, tras la muerte del autor, volvió a ser publicado ya con el título “Civil Disobedience”, que es como se ha conocido generalmente desde entonces.

<sup>4</sup> Mark Twain, *Antiimperialismo: patriotas y traidores*. Icaria: Barcelona, 2006, p. 52.

identificados como derechos inalienables de la democracia estadounidense. Del radicalismo del período revolucionario al trascendentalismo, el abolicionismo, el protofeminismo del siglo XIX, las luchas de la clase trabajadora de finales de ese siglo y principios del XX, pasando por el movimiento por los derechos civiles y el movimiento pacifista de la segunda mitad del siglo, por nombrar sólo los más representativos, el concepto de disidencia ha sido “tan norteamericano como la tarta de manzana”.

Ralph Young, autor de *Dissent in America: The Voices That Shaped a Nation* (2004), ha escrito recientemente que “[t]enemos que reconocer que el disenso *es* norteamericano, que la protesta *es* patriótica. Es, en realidad, uno de los rasgos fundamentales que nos definen”.<sup>5</sup> A pesar de que las palabras de Young están enraizadas en la propia historia nacional, la realidad es que el disenso también ha sido tradicionalmente tildado de antipatriótico y antinorteamericano por distintos sectores de la derecha estadounidense, que han aprovechado además para apropiarse del concepto mismo de patriotismo. Parecen olvidar quienes así piensan, que, como han observado Peter Dreier y Dick Flacks, buena parte de la cultura patriótica de Estados Unidos es obra de escritores y artistas de izquierdas.<sup>6</sup> El patriotismo, se demostraría de este modo, no es, o no debería ser, monopolio de ninguna persona y de ninguna ideología. Fue José Martí quien escribió aquello de que “la patria es de todos”, y sus palabras son de obligado recuerdo cada vez que se cuestiona la lealtad de una persona para con su país por el simple hecho de discrepar de quienes dictan su relato hegemónico.

El disenso ha tenido por supuesto sus enemigos. En Estados Unidos lo demuestran las leyes contra la sedición de 1798 y 1918, por no mencionar los vergonzosos días del macartismo y los programas de espionaje doméstico de los años 60 como COINTELPRO (*Counter Intelligence Program*). Después del 11 de septiembre, la administración Bush se esforzó en equiparar disidencia con subversión y traición (“o con nosotros o con los terroristas”), llegando tan lejos como para renovar programas ilegales de espionaje a la población, la infiltración de grupos disidentes y el cuestionamiento de conceptos tan básicos y arraigados en el ideario democrático de la nación como el hábeas corpus. Resta comprobar si con el cambio político en la Casa Blanca estamos también en un nuevo escenario de tolerancia y respeto a quienes, como hicieron en su día Thoreau y Twain, pero también Emma Goldman, los miembros de la Brigada Lincoln, Paul Robeson, Arthur Miller, Martin Luther King, Jr., Harvey Milk, los Estudiantes por una Sociedad Democrática, Noam Chomsky, ‘Lalo’ Delgado, Cindy Sheehan, Howard Zinn, Barbara Lee y tantos otros hombres y mujeres, son capaces de amar a su país no desde la sumisión y el conformismo ciegos, sino desde la profundamente democrática opción de disentir.

Las voces disidentes se han dejado sentir en cada fase de la historia norteamericana, generando siempre instancias de resistencia al poder y poniendo en cuestión definiciones interesadas y hegemónicas de la identidad nacional. Este volumen pretende explorar el pasado, presente y futuro de la disidencia —fundamentalmente a partir de sus representaciones culturales— a fin de entender lo que el pasado puede decirnos acerca de la realidad estadounidense del siglo XXI y, a su vez, cómo esa realidad nos ayuda a desvelar las raíces de su historia nacional. No están, como es obvio, todas las voces disidentes, pero confiamos en que aquellas que sí se recogen sean lo suficientemente representativas. En la primera sección del libro, “Patriotismo y resistencia”, se recogen artículos que analizan

<sup>5</sup> Ralph Young, “Dissent Is American”, *History News Network*, 1 Enero, 2007.

<sup>6</sup> Peter Dreier y Dick Flacks, “Patriotism’s Secret History”, *The Nation*. June 3, 2002.

diversas instancias, individuales y colectivas, en torno al disentimiento político en distintas etapas de la historia estadounidense. En el primero de ellos, “¿Patriotas que persiguen a traidores?: Anthony Comstock y John Edgar Hoover”, Isabel González ofrece una aproximación al tema de la disidencia, no a través del análisis de quienes cuestionaron en algún momento el discurso hegemónico de la nación desde posiciones de izquierda, sino de dos prominentes figuras de finales del siglo XIX y principios del XX que se significaron por su ideología marcadamente reaccionaria y su persecución implacable de disidentes de izquierda. En su análisis de Anthony Comstock y J. Edgar Hoover, personajes clave en el desarrollo de una de las etapas más beligerantes de la contradisidencia en Estados Unidos, González revisa además la labor de algunas de las activistas más destacadas de la época en favor de los derechos de la mujer, como Margaret Sanger y Emma Goldman.

En “Estado, ley y justicia en el cine de juicios norteamericano”, María José Álvarez Maurín nos proporciona una visión cinematográfica de la disidencia. En su análisis, la autora aborda el cine de temática judicial como un género “disidente” en Estados Unidos, en tanto en cuanto sus títulos más representativos se han formulado desde el cuestionamiento crítico de la máxima que equipara ley y justicia. Los largometrajes analizados, que incluyen títulos como *Furia*, *12 Hombres sin piedad* o *Matar a un ruiseñor*, entre otros, se convierten en debates dialécticos que dejan entrever, en ocasiones, importantes disfunciones en el ordenamiento jurídico de la nación. La confrontación dialéctica entre distintos protagonistas posibilita al lector una reflexión crítica que puede apartarse del discurso jurídico y, por extensión, patriótico dominante. No obstante, Álvarez Maurín destaca cómo este género cinematográfico no siempre consigue exponer de manera coherente y sostenida la supuesta crítica al aparato legal norteamericano. Así, en última instancia, “[ú]nicamente se puede confirmar que el cine de juicios es la historia de la búsqueda de la Justicia” (p. 34).

Ana Manzananas hace uso del difuso concepto de “frontera” para plantear una revisión de los cánones identitarios. Con el significativo título “La frontera es, la frontera no es”, el artículo de Manzananas es una poética reflexión en torno a la siempre intrincada cuestión de la identidad norteamericana. A partir de la pregunta de Etienne Balibar “¿Qué es una frontera?”, la autora propone abordar lecturas identitarias alternativas. En ese sentido, la frontera se convierte en espacio de subversión donde la simplicidad de las definiciones hegemónicas de la identidad nacional queda claramente en entredicho. El ensayo se nutre del análisis del relato “Borders” (“Fronteras”), del escritor estadounidense-canadiense Thomas King, y del largometraje *La terminal*, de Steven Spielberg, como ejemplos de construcciones culturales donde los dos lados de una frontera son el escenario en el que se difuminan y redefinen los rasgos identitarios del individuo y la colectividad.

Los últimos tres artículos de la sección abordan la disidencia política de los años de la guerra de Vietnam desde diversas perspectivas. Carlos Junco combina análisis histórico y literario para presentar las distintas formas de protesta que se desarrollaron contra la intervención estadounidense en el conflicto asiático. En su ensayo “Consiento, discrepo, protesto, resisto, lo siento: la disidencia norteamericana durante los años de la guerra de Vietnam y su narrativa”, Junco recrea la formación del movimiento opositor a la guerra de Vietnam, desde la apatía y el desconocimiento generalizados de principios de los años 60 hasta la toma de conciencia y formación de los colectivos pacifistas a mitad de la década y su posterior radicalización. Al mismo tiempo, aborda novelas como *Friendly Fire* (1976),

de C.D.B. Bryan, *A Country Such as This* (1983), de James Webb, o *The Nuclear Age* (1985), de Tim O'Brien, entre otras, como correlato literario del conflicto.

Otra aproximación a la disidencia en Estados Unidos durante los años de la contienda en el país asiático la encontramos en el artículo “Vietnam y los *Weather Underground*: el terrorismo como protesta”, en el que Jesús Lerate nos acerca a la historia de uno de los grupos antiguerra y antisistema más singulares de los años 60 y 70. El ensayo analiza el auge y declive de los *Weathermen*, una agrupación de extrema izquierda nacida en 1969 como escisión radical de la *Students for a Democratic Society* (Estudiantes por una Sociedad Democrática), un colectivo antibelicista muy activo en la década de los 60. Lerate aborda el estudio de un grupo basado en buena medida en la defensa de la revolución, el antiimperialismo y la violencia contra el Estado, que tras la colocación de algunos artefactos explosivos a principios de los 70 se convirtió en objetivo prioritario del FBI y del resto de agencias federales de seguridad nacional.

El último de los artículos dedicados al activismo antibelicista de los 60 analiza otra vertiente del movimiento contra la guerra y a favor de la desobediencia civil. En “Contra la niebla de la obediencia: los orígenes del movimiento de resistencia a la guerra de Vietnam RESIST”, José Rodríguez Herrera describe las acciones pacifistas de escritores como Mitch Goodman, Denise Levertov o Norman Mailer en ese periodo. Si los *Weathermen* o los Estudiantes por una Sociedad Democrática estaban integrados casi enteramente por jóvenes en edad de reclutamiento, el grupo organizado por escritores y profesores universitarios incluía de forma mayoritaria a personas que habían sobrepasado dicha edad pero que apoyaban a quienes se encontraban expuestos a la llamada a filas. Rodríguez analiza en su ensayo las distintas acciones (lectura de poemas, sentadas, clases públicas, quema de cartillas de reclutamiento) organizadas por el grupo en su intento por favorecer la desobediencia civil a los requerimientos bélicos de la administración Johnson, así como el juicio por conspiración al que fueron sometidos algunos destacados miembros del colectivo. Los escritores citados por Rodríguez Herrera en su estudio sobre la resistencia en los años de la guerra de Vietnam no son, evidentemente, los únicos nombres que pueden figurar en un volumen sobre la disidencia en Estados Unidos. Algunos otros notables ejemplos los encontramos en la segunda sección de este libro.

Es indudable que la literatura estadounidense ha sido, desde sus comienzos, fuente inagotable de reflexión y crítica sobre lo que significaba ser norteamericano, como nos recuerda Juan José Coy Ferrer: “Las literaturas norteamericanas de todos los tiempos, la mejor literatura norteamericana de siempre, se ha obstinado en una saludable actitud crítica, en detectar mentiras y sacarlas a la luz que, como afirmaba Hemingway, es después de todo una de las funciones primordiales del arte”.<sup>7</sup> Por ello, el segundo apartado del volumen, “Literatura y disidencia”, agrupa una serie de ensayos que pretenden ofrecer una visión plural de las voces literarias discrepantes con el discurso oficial; es decir, autores críticos con el sistema cuyas obras se han visto a menudo privadas del reconocimiento de sus coetáneos y ellos mismos objeto de persecución y escarmiento por sus ideas.

En el primer artículo de este apartado, “Disidencia y contradisidencia en Estados Unidos: de la Edad de Oro a la edad del oropel”, Manuel Broncano nos ofrece un recorrido por la historia de la disidencia en los Estados Unidos, desde los primeros puritanos, que llegaron al Norte de América en el siglo XVII huyendo de la persecución religiosa, hasta el

---

<sup>7</sup> Juan José Coy. *Entre el espejo y el mundo. Texto literario y contexto histórico en la literatura norteamericana* (2 vols). Valencia: Biblioteca Javier Coy d'estudis nordamericans, 2004. Vol.1, p.112.

siglo XIX; es decir, desde el establecimiento de las colonias hasta el desarrollo de las grandes urbes y la consolidación del capitalismo. Para Broncano, la historia de Estados Unidos se caracteriza por un movimiento, o dinámica, entre la disidencia y la contradisidencia que se deriva de ésta. Ejemplo de ello son disidentes de disidentes como Thomas Morton, Thomas Paine, o Bartleby, el personaje de Melville que representa al disidente por antonomasia.

Herman Melville es también objeto de estudio en el siguiente artículo de esta sección, “La diferencia como discurso de patriotismo o de disidencia en Walt Whitman y en Herman Melville”, de Rodrigo Andrés. Reconocidos probablemente como los dos escritores más importantes de la literatura norteamericana, Whitman y Melville han sido mejor entendidos en el siglo XX y en el XXI de lo que lo fueron por sus contemporáneos. En su artículo, Andrés reflexiona sobre las visiones que ambos autores tienen en torno a una cuestión tan actual como es el concepto del “otro”. El autor establece una diferencia entre la democracia social, que defiende la obra de Melville, y la democracia política, que proclama Whitman. Según tal distinción, es posible observar en los textos de estos escritores una discrepancia en cuanto a su concepto de integración o reconocimiento del otro, que ha hecho que se haya calificado a uno de patriota y al otro de traidor. Rodrigo Andrés, sin embargo, pone en tela de juicio dichos calificativos al estudiar las dimensiones éticas de sus obras literarias y sus actitudes vitales.

En “Un disidente por antonomasia: los ensayos de Arthur Miller y la política estadounidense contemporánea”, Juan Ignacio Guijarro estudia la figura de uno de los más destacados dramaturgos del siglo XX. Autor de textos fundamentales de la literatura estadounidense contemporánea como *Death of a Salesman* o *The Crucible*, Arthur Miller aparece en este artículo como una de las voces críticas más coherentes entre los intelectuales norteamericanos del siglo XX. Guijarro revisa una de las facetas probablemente menos estudiadas del escritor neoyorquino: la de ensayista. Analizando de forma pormenorizada dos textos separados en el tiempo por casi medio siglo, “La Universidad de Michigan” (1953) y “Sobre la política y el teatro” (2001), Guijarro incide en la coherencia política de Miller, basada en su actitud de intelectual comprometido y radicalmente crítico con el conformismo, ya fuera en los años de la guerra Fría o en los polémicos días que decidieron el enfrentamiento electoral entre Al Gore y George W. Bush.

Silvia Martínez Falquina, en “Disidencia y consentimiento: narrativas de trauma y curación en las literaturas étnicas de los Estados Unidos”, retoma la distinción que hace Werner Sollors entre “disentimiento” y “consentimiento”, cuya tensión, según el crítico de Harvard, caracteriza la literatura étnica norteamericana. A través del análisis de la novela de Toni Morrison *Beloved* y el relato de Louise Erdrich “The Shawl”, Martínez Falquina estudia cómo se articula el disentimiento en estos textos, ya que ambos reflejan una situación de trauma colectivo como fundamento para la construcción de una identidad cultural. La tesis principal de este ensayo es, por tanto, “que los grupos de personas que constituyen el tapiz multicultural de los EE.UU. se definen, en gran medida, a través de un proceso por el cual un trauma histórico concreto prácticamente se transforma en trauma estructural, convirtiéndose en un mito fundacional en relación con el cual ciertas personas se identifican como miembros de una comunidad” (p. 133) La tensión que se crea entre “disentir” y “consentir” en estas comunidades minoritarias a raíz de un acontecimiento traumático es, por tanto, para Martínez Falquina, parte indispensable en la articulación de la identidad nacional.

También ahondan en este tema los dos últimos artículos del apartado, ambos dedicados a la comunidad chicana. El primero, “Las madres míticas de la cultura chicana: subversión contemporánea en la literatura de mujeres”, de María Henríquez Betancor, aborda el estudio de las escritoras chicanas, y el segundo, “Abelardo Delgado: un patriota rebelde”, de Juan Ignacio Oliva, la figura del reconocido activista y poeta. María Henríquez analiza la subversión que han sufrido diversos mitos relacionados con la maternidad por parte de diversas escritoras chicanas con el objeto de reivindicar una identidad mestiza y moderna que disienta de la imagen proyectada por la sociedad tradicional. A través del análisis de reescrituras de mitos tales como la Virgen de Guadalupe, Coatlicue, la Malinche, la Llorona y la curandera, Henríquez propone una lectura de tales figuras como símbolos de resistencia o disidencia en una cultura con un marcado tono patriarcal. El segundo ensayo, de Oliva, analiza la obra de Delgado como epítome de integración social a través de la resistencia. Delgado, autor con una gran conciencia social y de clase, propugnó siempre en su obra la integración de la comunidad hispana en los Estados Unidos y criticó el racismo y supremacía blanca que sometía a los latinos. En este sentido, uno de los poemas de Delgado que analiza Oliva, “Los nuevos babilonios”, hace una alusión a los “gringos” como nuevos babilonios embarcados en la construcción de rascacielos que desafían el orden natural de las cosas. Este artículo sirve así de enlace para la tercera y última parte del volumen, dedicada al patriotismo y disidencia tras el 11 de septiembre de 2001.

Ese infausto día en los albores del siglo XXI, las vidas de todo el planeta se vieron sacudidas por un suceso cuya magnitud última aún se nos escapa. El ataque al Pentágono estadounidense y, sobre todo, la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York hicieron temblar los pilares más sólidos del mundo occidental, tanto políticos como socio-económicos y culturales. Se pasó de repente, como señala acertadamente Donald E. Pease, de la imagen de la Tierra Virgen a la de la Zona Cero, con todas las connotaciones que ello implica, pues Estados Unidos dejó de ser un territorio edénico, una tierra prometida para los emigrantes de todo el mundo, para pasar a ser un espacio evocador del espectro de la violencia fundacional de la nación, que se había tratado de borrar del imaginario colectivo de los estadounidenses.<sup>8</sup> Sin embargo, la historia de Estados Unidos ha estado marcada desde sus mismos orígenes por los conflictos bélicos, hasta el punto que su discurso histórico (y, en gran medida, también cultural) aparece segmentado por las guerras: desde los enfrentamientos coloniales con los nativos hasta la guerra de Irak, pasando por la guerra de la Independencia, la guerra civil, las dos contiendas mundiales, o el conflicto de Vietnam (éste último nunca declarado formalmente como guerra, aunque diezmó a toda una generación). No obstante, como nos recuerda Noam Chomsky, el 11 de septiembre fue la primera vez desde el incendio de Washington en 1814 por los ingleses que los estadounidenses se vieron amenazados en su propio territorio por una fuerza extranjera.<sup>9</sup> Ante esta situación, una mayoría de estadounidenses, tanto intelectuales reconocidos como ciudadanos anónimos, alzaron la voz para condenar los ataques terroristas y lamentar las vidas perdidas, aunque también para criticar las actuaciones del gobierno en los días

---

<sup>8</sup> Donald E. Pease. “Afterword. From Virgin Land to Ground Zero”. *Dissent from the Homeland. Essays after September 11*. Eds. Stanley Hauerwas y Frank Lentricchia. Durham, NC: Duke UP, 2003. 205-213.

<sup>9</sup> Cabe recordar que el ataque japonés a Pearl Harbor en 1941, que provocó la entrada de Estados Unidos en la segunda guerra mundial, se produjo en un territorio alejado del país, y que Hawái no sería aceptado como estado de la Unión hasta 1959. Noam Chomsky. “September 11 Aftermath: Where is the World Heading?” *Beyond September 11. An Anthology of Dissent*. Ed. Phil Scraton. London: Pluto Press, 2002. 66-71.

posteriores (y las políticas anteriores) al 11 de septiembre. Los que se atrevieron a disentir fueron tachados de antipatriotas y traidores a la nación. A fin de contrarrestar cualquier crítica, el gobierno inició una rápida y efectiva campaña para contagiar a la población un desmedido fervor patriótico que imponía, por ejemplo, el Juramento de Lealtad en los colegios; algo que, como señalan Cecilia O'Leary y Tony Platt, pretendía acabar con cualquier debate y disidencia interna desde los cimientos mismos de la sociedad.<sup>10</sup> A ello se unió el recurso excesivo a la bandera como símbolo de unión frente al mal, o el exaltado patriotismo de los medios de comunicación, calificado de obsceno por Fredric Jameson,<sup>11</sup> en su empeño, como así lo señaló también Susan Sontag, por infantilizar al público.<sup>12</sup>

Los artículos que aparecen incluidos en el apartado dedicado a las “Traiciones y lealtades tras el 11 de septiembre” tienen en común el cuestionamiento del supuesto antipatriotismo de escritores, artistas, activistas e intelectuales en las manifestaciones relacionadas con estos acontecimientos. Los autores de los ensayos buscan responder a la pregunta de por qué muchos de ellos fueron tratados como peligrosos para el sistema y por qué se trató de acallar sus opiniones por considerarlas una amenaza para la seguridad nacional. En este apartado se incluye el artículo “Consideraciones sobre el antiamericanismo: del *Vietnam Memorial* a la reconstrucción de la Zona Cero”, de Cristina Alsina Rísquez, que nos presenta una reflexión sobre las diversas reacciones consideradas “antiamericanas” ante la construcción de dos monumentos conmemorativos que comparten el hecho de marcar la derrota de los Estados Unidos en dos episodios de lo que allí se ha considerado la guerra contra el Mal (léase comunismo o terrorismo). Como señala la autora, “[t]anto la discusión en torno al *Vietnam Memorial* como la controversia suscitada por la reconstrucción del espacio que ocupa el WTC (*World Trade Center*) ejemplifican la dificultad inherente a la elección del tipo de representación apropiada para hechos históricos que, como la guerra estadounidense en el sureste asiático y los ataques del 11-S, ponen en evidencia la vulnerabilidad del país y reabren el debate, tan antiguo como el propio país, sobre la necesidad de revisar la viabilidad de los principios gestores, cuando no morales, de la nación” (p. 175). En este ensayo, Alsina comenta, desde una perspectiva cultural, las dificultades morales intrínsecas a la construcción de dichos monumentos y sus consecuencias posteriores.

Esther Álvarez López, en su artículo titulado “Disidencia política y género tras el 11-S: la traición patriótica de Cindy Sheehan y Jersey Girls”, analiza dos casos de disidencia política: el de Jersey Girls, un grupo de viudas cuyos maridos perdieron la vida en las Torres Gemelas, y el de Cindy Sheehan, cuyo hijo murió en la guerra de Irak. Todas ellas se vieron consideradas como traidoras a la patria y sus nombres puestos en entredicho por cuestionar la política del presidente. En este artículo, Álvarez analiza la situación desde una perspectiva feminista, denunciando que en “un momento de masculinización del país, en el que los héroes pasan a ser policías y bomberos” (. . .) Jersey Girls y Cindy Sheehan, “si bien recibieron elogios por parte de sectores más progresistas, también fueron objeto de

---

<sup>10</sup> Cecilia O' Leary y Tony Platt. “Pledging Allegiance. The Revival of Prescriptive Patriotism”. *Beyond September 11. An Anthology of Dissent*. 173.

<sup>11</sup> Fredric Jameson. “The Dialectics of Disaster”. *Dissent from the Homeland. Essays after September 11*. Eds. Stanley Hauerwas y Frank Lentricchia. Durham, NC: Duke UP, 2003. 55.

<sup>12</sup> Susan Sontag, “The Talk of the Town”. *The New Yorker*, September 24, 2001.  
[www.newyorker.com/talk/content/?010924ta\\_talk\\_wtc](http://www.newyorker.com/talk/content/?010924ta_talk_wtc)

numerosos, hirientes y, en muchas ocasiones, sexistas ataques personales que revelaban una profunda misoginia” (p. 192).

Jesús Benito, en su artículo, “Imágenes, traumas y 11-S en la literatura étnica norteamericana”, plantea la cuestión de si “el nuevo desorden internacional surgido del 11-S, y sus consecuencias internas para las distintas comunidades norteamericanas, puede suponer un cambio sustancial en la recreación de los traumas históricos de origen étnico” (p. 206). En este sentido, Benito revisa las distintas etapas en la formación del carácter étnico de los Estados Unidos y el papel de la escritura en la recreación de los traumas históricos, así como su relación con las imágenes derivadas de estas situaciones traumáticas.

El artículo de Cristina Garrigós, “Patriotismo y humanismo tras el 11 de septiembre”, analiza las reacciones posteriores a los atentados terroristas desde el prisma de la literatura y la crítica cultural. Partiendo de los escritos de intelectuales de la talla de Slavoj Žižek, Jean Baudrillard, Judith Butler o Edward Said, Garrigós contextualiza sus opiniones junto a los textos de escritores como Don DeLillo, Paul Auster o Suheir Hammad, entre otros, para demostrar el énfasis común que estos autores ponen en lo humano como única forma de hacer frente al fundamentalismo.

En “Voces de resistencia en la era digital: globalización, identidad y ciberactivismo después del 11 de septiembre”, Víctor Junco reflexiona sobre el papel de Internet en aquellos días y su función como método de comunicación global e inmediato, que proporcionó a los acontecimientos históricos de ese día una difusión internacional sin precedentes y permitió el establecimiento de un debate sin fronteras, propiciado por la Red, como el mundo nunca antes había conocido. La irrupción de la era digital ha alterado las relaciones sociales y los nuevos medios electrónicos desempeñan un indudable papel como propagadores del poder establecido, aunque a su vez proporcionan herramientas fundamentalmente democráticas de disensión.

Finalmente, el artículo de Dan Fyfe, “Estados Unidos desde el 11-S: reflexiones de un expatriado”, presenta una visión disidente de la política de su propio país y su actuación previa y posterior a los acontecimientos que tuvieron lugar durante el 11 de septiembre. Un artículo que nos invita a cuestionar la imagen ideal de Estados Unidos como paladín de la libertad y el respeto por la pluralidad, al poner al descubierto las muchas sombras y las muchas contradicciones que caracterizan a la mayor democracia de la tierra. El ensayo de Fyfe proporciona así un colofón muy apropiado para un volumen que aborda la disidencia como ingrediente fundamental de la historia estadounidense y repasa sus manifestaciones más representativas desde el puritanismo de la Nueva Inglaterra colonial hasta el 11 de septiembre y la guerra de Irak como momentos traumáticos inaugurales del siglo XXI y del nuevo milenio, y que han dado lugar a una plétora de voces críticas contra el sistema. En cuanto a la naturaleza patriótica o traidora de tales voces, queda en manos del lector su respuesta. Los editores no han sometido a ningún tipo de censura las contribuciones que se incluyen en el volumen, aunque puedan disentir de ellas.

I

PATRIOTISMO Y RESISTENCIA



## ¿Patriotas que persiguen a traidores?: Anthony Comstock y John Edgar Hoover

Isabel González Díaz  
Universidad de La Laguna

Al acercarnos a la figura de algunos disidentes puede ocurrir que no solo lleguemos a conocer aspectos interesantes de su vida y actividades, sino que por el camino descubramos a otros personajes no menos interesantes: aquellos encargados de controlar o perseguir su activismo social o político, creando los discursos que identifican o etiquetan a los presuntos traidores —en algunos casos de una manera tan obsesiva que la figura de uno no puede entenderse sin la presencia del otro. Tal es así que con el paso del tiempo los disidentes y su lucha pueden haber quedado en un lugar menos sospechoso, mientras que las figuras de sus perseguidores permanecen en la sombra. Este sería el caso de los dos hombres, cuya trayectoria intentaré esbozar en estas páginas, a los que conocí con más detalle indagando en las carreras políticas de dos mujeres a las que se suele situar en el lado de la disidencia estadounidense de principios del siglo XX: Margaret Sanger y Emma Goldman. Ambas transgredieron las normas de la sociedad en la que les tocó vivir: Sanger en su lucha pionera por el control de la natalidad y Goldman con su polémico activismo anarquista y feminista.<sup>1</sup> Por no seguir los cánones políticos y morales de su época fueron juzgadas, tanto en el sentido literal (judicial) como metafórico de la palabra; muchos consideraron sus conductas y pensamientos descarados, libertinos, atrevidos, o impropios de su condición. Entre esos “jueces” se encontrarían los dos hombres objeto de este análisis: Anthony Comstock (1844-1915) y John Edgar Hoover (1895-1972). Ambos llegaron a ser dos grandes figuras de la historia de los Estados Unidos de América, dos hombres que dedicaron sus carreras a controlar el vicio, las conductas libertinas, el crimen o las “desviaciones” políticas de muchos subversivos y radicales que pululaban por el país a finales del siglo XIX y principios del XX: Comstock a través de la institución que él mismo fundara en 1873, la *New York Society for the Suppression of Vice* (“Sociedad para la Supresión del Vicio de Nueva York”), y Hoover en diferentes departamentos del Ministerio de Justicia —inicialmente la oficina de Enemigos Extranjeros, luego el *Bureau of Investigation* (BI) y finalmente el *Federal Bureau of Investigation* (FBI), oficina en cuya creación participó en 1935 y de la que fue director desde esa fecha hasta 1972, año de su muerte.

---

<sup>1</sup> En mi ensayo entraré en más detalle en la persecución de la que Sanger y Goldman fueron objeto, pero no quiero dejar de mencionar un caso tan insólito como el de Helen Keller (1880-1967), cuyo activismo político en el socialismo no es tan conocido por el público como su carrera literaria superando la barrera de su discapacidad. J. Edgar Hoover, que sí estaba al tanto de su militancia, mantuvo abierto su expediente en el FBI hasta la muerte de Keller en 1967, pues entendía que escribía sobre temas radicales (Buhle *et al.*, 397).

Anthony Comstock nació en 1844 en un pueblo de Nueva Inglaterra; el primer hecho destacable y patriota de su biografía fue su participación en la guerra civil norteamericana, en el bando de los *yankees*. Su temprana obsesión por todo lo que él consideraba vicioso y obsceno lo llevó a enrolarse en una de las más reputadas organizaciones juveniles de los Estados Unidos, la *Young Men's Christian Association* (YMCA), llegando incluso a dejar el empleo que tenía para dedicar su tiempo en exclusiva a esa asociación, en un empeño por “salvar a los jóvenes americanos de las tentaciones del demonio<sup>2</sup>” (Chesler, 67). Pero su verdadera cruzada comenzaría cuando fundó, con el apoyo de las autoridades de la ciudad, la *New York Society for the Suppression of Vice* (NYSSV), cuyo objetivo era la supervisión de la moral pública y la vigilancia de actividades como la prostitución, la pornografía, la información sobre el control de la natalidad, o de cualquier otro asunto que entrara dentro de lo que para Comstock pudiera ser considerado inmoral. Los medios empleados por este guardián de la rectitud no eran baladíes, buscaba la conformidad de las leyes de los estados, y con él colaboraban los tribunales y los fiscales de distrito para llevar a los presuntos delinquentes ante la justicia. Sus esfuerzos se verían finalmente traducidos en la llamada *Comstock Act*, ley federal bautizada con su nombre, que fue promulgada en 1873 y que declaraba ilegal el envío por correo de cualquier tipo de material “obsceno, indecente y/o lascivo”, incluidos instrumentos anticonceptivos o información sobre ese asunto o sobre prácticas abortivas. Posteriormente, un total de veinticuatro estados aprobaron leyes similares, por lo que todas esas restricciones vinieron a ser denominadas *Comstock Laws*. En 1915, el año de su muerte, Comstock se jactaba en el *Harper's Weekly* de haber conseguido que se condenara a suficiente número de personas para llenar un tren de pasajeros de sesenta vagones, así como de haber destruido cientos de toneladas de literatura obscena en sus más de cuarenta años de carrera (Chesler, 66).

Una de las primeras y más sonadas apariciones públicas de Comstock fue su intervención en la detención y el juicio de la sufragista y defensora del amor libre Victoria Woodhull y de su hermana Tennessee Claflin, en 1871. Tras haber publicado en un periódico feminista que un respetado pastor protestante de Brooklyn, Henry Ward Beecher, mantenía relaciones extramatrimoniales, ambas fueron detenidas por orden de Comstock acusadas de difamación y de utilizar el servicio de correos para distribuir material obsceno (y esto antes de que se creara la NYSSV). Aunque las dos fueron finalmente absueltas, el juicio se convirtió en todo un espectáculo sensacionalista, y Comstock vivió su particular momento de gloria al testificar a favor del pastor —y presunto adúltero (Chesler, 69).

La obsesión de Comstock por encontrar obscenidades era tal que llegó a utilizar la autoridad que tenía como “agente especial” de su brigada antivicio para intentar detener a algunos médicos que recetaban métodos anticonceptivos con el fin de prevenir la sífilis u otras enfermedades venéreas. Así, por ejemplo, en 1881, en Albany, por presiones de la profesión médica, se añadió una enmienda a la “ley de Comstock” en la que se declaraba que quedaba exento de la definición de “inmoral o indecente” cualquier artículo o instrumento utilizado por los médicos que actuara dentro de la ley para curar o prevenir alguna enfermedad (Chesler, 69). Pero el hecho de no poder atreverse con la profesión médica no le cortaba tanto las alas a este guardián de la moral, pues en aquella época muchas personas que no pertenecían a ese gremio se dedicaban a realizar prácticas abortivas o de asesoramiento sobre el control de la natalidad. La que Ellen Chesler

---

<sup>2</sup> La traducción de ésta y de las demás citas que aparecen en el texto son mías.

denomina la primera victoria demostrable de Comstock sería la detención en 1878 de una mujer británica, Ann Lohman, que se hacía llamar “Madame Restell”. Lohman era conocida en Nueva York por practicar abortos y, tras una visita de Comstock, que se hizo pasar por un cliente que iba a comprar material anticonceptivo, fue detenida y acusada de poseer artículos inmorales y de la muerte de una mujer a la que le había practicado un aborto (Chesler, 69). El incidente acabaría con la muerte de otra mujer: Lohman, que se suicidó la mañana del juicio. Al enterarse de la noticia Comstock dijo que se trataba del “final sangriento de una vida sangrienta”. De hecho, al parecer Comstock solía jactarse públicamente de haber llevado a quince personas al suicidio (De Grazia, 5).

El suicidio más sonado de los presuntamente provocados por Comstock sería el de Ida Craddock (1857-1902), quien dejó una carta pública cuyas primeras líneas dicen: “Voy a quitarme la vida porque un juez, instigado por Anthony Comstock, me ha declarado culpable de un crimen que no cometí —difusión de literatura obscena— y ha anunciado su intención de encerrarme en prisión una larga temporada”.<sup>3</sup> Craddock, que tenía una pequeña consulta de asesoramiento sexual en Chicago, había escrito un libro, *The Wedding Night*, acompañado de un panfleto, “Right Marital Living”. Escribió esos textos con la intención de acabar con la infelicidad que ella percibía que provocaba en las parejas la ignorancia acerca de muchos aspectos de su sexualidad. En sus escritos, Craddock abogaba por el autocontrol, llegando a afirmar que forzar a la mujer a tener relaciones sexuales podría ser considerado una violación; también recomendaba que el acto sexual durara al menos entre media hora y una hora, para permitir que las mujeres pudieran llegar al orgasmo. Tal vez fue esto último lo que escandalizó a nuestro guardián de la moral, quien no dudó en detenerla y llevarla ante la justicia. En su carta de despedida, Craddock ataca duramente a Comstock, llamándolo hipócrita, corrupto, perverso sexual y sádico, y acusándolo de aportar pruebas falsas contra ella. Afirma que hace pública su carta porque quiere llamar la atención de los aspectos más negativos de lo que ella denomina “Comstockismo”, con la esperanza de que se haga algo para acabar con esa creciente amenaza a las libertades. La conclusión de Craddock es bastante irónica: si la lectura de libros impuros y la visión de imágenes sucias corrompen y pervierten la mente, ¿qué se podría pensar del estado de la imaginación del Sr. Comstock en lo que a temas sexuales se refiere, con todo el material de ese tipo que había revisado?<sup>4</sup>

Margaret Sanger, una de las pioneras en la lucha por el control de la natalidad en los Estados Unidos, fue otra de las víctimas destacables de Comstock. En 1914 Sanger decidió sacar a la luz la revista de corte feminista *The Woman Rebel* y, aunque se cuidó mucho de incluir en el primer número información explícita sobre el control de la natalidad, la publicación fue interpretada como una provocación a las *Comstock Laws*, y por tanto Sanger fue acusada de violación de las mismas. Ella afirma en su autobiografía que le indignaba el hecho de que información acerca de la maternidad, que generalmente se considera un tema sagrado, fuera clasificada como pornografía (111), y añade que llegó un momento en el que se dio cuenta de que el movimiento por el control de la natalidad formaba parte de la lucha por la libertad de expresión (113) —sobra decir lo mucho que las leyes de Comstock significaron en la lucha por este derecho en los Estados Unidos. Volviendo a la acusación dirigida contra Sanger, esta, para no enfrentarse al juicio, decidió

---

<sup>3</sup> <http://www.idacraddock.com>

<sup>4</sup> “Ida Craddock’s Letter to the Public on the Day of her Suicide”. <http://www.idacraddock.com>

huir del país por Canadá, refugiándose en Europa durante trece meses. Su ya ex marido, William Sanger, que aunque apoyaba la causa de Margaret no estaba directamente implicado en su activismo, sería finalmente juzgado en 1915 y sentenciado a treinta días de prisión. Comstock y sus secuaces lo acusaron de difundir información pornográfica con el panfleto *Family Limitation*, que había sido redactado, publicado y distribuido por su ex mujer como alternativa a la imposibilidad de incluir información sobre métodos anticonceptivos en *The Woman Rebel*. Según relata Margaret Sanger en su autobiografía, lo que ocurrió fue que un agente de la NYSSV se presentó en su casa haciéndose pasar por un pobre padre de familia desesperado por la gran prole que tenía, rogándole que le diera una copia de *Family Limitation*. Aunque William se mostró reticente al principio, afirmando que él no tenía nada que ver con el trabajo de Margaret, y que ni siquiera sabía si había en la casa alguna copia del panfleto, el hombre insistió y exageró tanto su desesperación que finalmente le entregó una copia. Lo siguiente fue una visita de Anthony Comstock en persona, con una orden de arresto por difusión de literatura obscena; pero en lugar de ser trasladado a comisaría, William Sanger se vio de repente sentado en un restaurante frente a Comstock, que intentó convencerle de que se declarara culpable para que le fuera mejor en el juicio. Sanger le respondió que aunque él no tenía nada que ver con la redacción del panfleto creía firmemente en lo que en él se decía, y que por tanto era una cuestión de principios para él declararse no culpable, afirmando que “usted sabe tan bien como yo, Sr. Comstock, que no hay nada obsceno en ese panfleto”. La respuesta de Comstock fue así de clara: “Joven, llevo veinte años en este trabajo, y ese folleto es lo peor que he visto nunca” (Sanger, 176-177). Durante la conversación Comstock también intentó chantajearlo para que le dijera el paradero de Margaret a cambio de que le fueran retirados los cargos. William aprovechó la oportunidad del juicio público para definir a Comstock como una persona víctima de una fobia al sexo incurable, y a quien le faltaba la inteligencia suficiente para poder distinguir entre pornografía e información científica (Chesler, 126-127). El comentario del juez durante el juicio es también una muestra del ambiente “comstockeriano” que vivía el país: afirmó que el panfleto no solo era indecente sino inmoral, que su difusión era una amenaza para la sociedad, y que si todas esas mujeres que iban por ahí reivindicando el sufragio femenino fueran reivindicando tener más hijos al país le iría mucho mejor (Sanger, 177-178).

Margaret, por su parte, decidió volver a los Estados Unidos después del juicio de su ex marido y tras haberse enterado de la muerte de Comstock el 21 de septiembre de ese mismo año, 1915. Al haber pasado ya dos años de la denuncia, y dada su buena conducta, logró finalmente escapar de las garras de la justicia, no sin antes haber establecido una batalla dialéctica con el juez que llevaba el caso acerca del significado del concepto “obsceno”, en el que lo que pretendía era obligarle a reconocer de una vez si el control de la natalidad iba a ser definido como tal (Sanger, 183-191). No cabe duda de que los movimientos por el control de la natalidad y por la libertad de expresión le deben mucho a Anthony Comstock.

Analizando estos debates con perspectiva histórica, se puede llegar a entender que temas como el aborto o el control de la natalidad pudieran despertar esos temores en las mentes puritanas y victorianas de Comstock y sus censores, pero resulta de especial interés observar el empeño que también mostraron por perseguir al mundo del arte y la literatura. Su obsesión por controlar y censurar —llegando finalmente a publicitar y llamar la atención de obras, autores y movimientos artísticos— resulta de lo más interesante. Uno de los casos más conocidos fue su intento, en 1905, de detener la producción americana de la obra de

teatro de Bernard Shaw *Mrs. Warren's Profession*, cuyo tema central es la prostitución. Aunque Comstock no llegó a conseguir su objetivo, lo que sí logró esta vez fue proyectar una imagen internacional de su país que rozaba el ridículo. El propio Bernard Shaw, que acuñó el término *comstockery*, afirmó que el “comstockerismo” era la mayor burla del mundo a expensas de los Estados Unidos, añadiendo: “A Europa le gusta oír hablar de este tipo de asuntos. Confirma la profunda convicción extendida en el viejo mundo de que Norteamérica es al fin y al cabo un lugar provinciano, una civilización de segunda fila y pueblerina” (citado en Houchin, 52). La burla de Bernard Shaw confirma lo que apunta Ellen Chesler en su biografía de Margaret Sanger, en la que afirma que a principios del siglo XX la reputación de Comstock fue cayendo en picado, convirtiéndose su figura en la de un excéntrico que solo simbolizaba valores anticuados (72). Chesler relata una anécdota ocurrida en 1914, cuando el censor confiscó unos dibujos de desnudos femeninos que aparecían en un panfleto de la *Art Student's League* de Nueva York. El caso no tuvo repercusiones legales, pero la revista radical *The Masses* publicó una caricatura en la que se parodiaba el “comstockerismo” mostrando a un hombre que arrastraba a una mujer ante un juez mientras afirmaba, “Su señoría, esta mujer acaba de dar a luz a un *niño desnudo*” (72).

Volviendo al mundo de la literatura, hay que resaltar que las secuelas del “comstockerismo” se dejaron ver unos cuantos años después de la muerte de Comstock en 1915, cuando la *New York Society for the Suppression of Vice* continuó su trabajo bajo la dirección de John Sumner. Así, en 1919 el escritor James Branch Cabell sería juzgado por obscenidad tras la publicación de su novela *Jurgen, A Comedy of Justice* (el protagonista es un seductor empedernido y se incluye un chiste sobre la infalibilidad del Papa); Cabell se vengaría de la escuela creada por Comstock incluyendo en una edición revisada del libro (1926) un pasaje “perdido” en el que el protagonista, Jurgen, es acusado por los filisteos de comportamiento “obsceno, lascivo e indecente” y llevado a un juicio presidido por un escarabajo pelotero que jura “por San Antonio”. Cabell también escribió un libro, *Taboo*, que dedicó a John Sumner, a quien agradecía haber generado la publicidad suficiente en torno a sus publicaciones para dar un gran empujón, incluso a nivel internacional, a su carrera literaria a través de la NYSSV.

Pero, sin duda, la mayor herencia que dejó Comstock al mundo de la literatura sería consecuencia de la desmesurada reacción de su organización antivicio en 1920, cuando fue publicado en la revista *The Little Review* el capítulo 13 de una de las novelas consideradas hoy entre las grandes obras de la literatura: *Ulises (Ulysses)*, de James Joyce. Las coeditoras de la revista, Margaret C. Anderson y Jane Heap, habían comenzado en 1918 a publicar por entregas los primeros capítulos de la novela, pero al llegar al polémico capítulo 13, en el que el protagonista, Leopold Bloom, se masturba mientras observa a unas chicas en la playa, apareció el fantasma de Anthony Comstock. Anderson y Heap fueron llevadas a juicio, con el objetivo principal por parte de los censores de conseguir que el libro de Joyce fuera prohibido en los Estados Unidos. En 1921, tras el juicio, la revista fue declarada obscena, y *Ulysses* censurado en el país. Margaret Anderson recuerda en su autobiografía, publicada en 1930 cuando ya el modernismo era plenamente aceptado por todos, que en aquellos momentos en que se sintieron quemadas en la hoguera no recibieron ningún tipo de apoyo por parte del mundo intelectual. Durante años a nadie pareció convencerle la que ellas, desde un principio, consideraron una de las obras maestras de la literatura (175). La labor del “comstockerismo” por ayudar a difundir el Modernismo es también digna de mención.

Al mismo tiempo, el mundo de la literatura ha mostrado su fascinación por este personaje. El protagonista de la novela de F. Scott Fitzgerald *Hermosos y malditos* (*The Beautiful and Damned*, 1922) se llama Anthony Comstock Patch en honor al moralista. Comstock es también uno de los neoyorquinos de su época que aparece como personaje en la novela histórica *El alienista* (*The Alienist*, 1994), de Caleb Carr, así como uno de los personajes de la novela de Marge Piercy, *Sex Wars* (2005), en la que la autora mezcla historia y ficción para hacer un repaso de la lucha feminista de finales del XIX y principios del XX. Como dato anecdótico existe una productora, Comstock Films, que en honor al insigne personaje lleva su nombre: se trata de una productora de documentales eróticos.<sup>5</sup>

Llegados a este punto, se pueden ir reagrupando algunas de las reflexiones que hemos ido adelantando: una es que la represión y la censura ejercidas por Comstock fomentaron la lucha por la libertad de expresión en los Estados Unidos. Otra, que la cruzada de Anthony Comstock no tuvo mucho éxito; no solo porque casi todas las personas o causas que se dedicó a perseguir llegaron finalmente a conseguir sus objetivos, sino porque además él, con sus artimañas y comentarios, logró darle mayor publicidad a todo cuanto atacaba. Así, por ejemplo, otra mujer a la que Comstock dedicó buena parte de su tiempo, la ya mencionada anarquista de origen ruso Emma Goldman, recuerda en su autobiografía lo halagados que se sintieron ella y los demás responsables de la revista de la que era editora, *Mother Earth*, al descubrir que algunas copias del número de enero de 1909 habían sido retenidas por el servicio de correos por mandato de Anthony Comstock: “Aunque nos sentíamos halagados de que por fin se nos hubiera otorgado un lugar entre las víctimas del *comstockerismo*, exigimos conocer la razón por la que se nos había concedido tan inesperado honor” (460). El motivo era un artículo de Goldman sobre la prostitución que, afirma irónicamente, “acababa de ser descubierta por los reformadores en aquel momento” (460). Goldman, que como Cabell también llama a Comstock “San Antonio”, relata que tras reuniones con este, con el fiscal del distrito y con el jefe del servicio de correos lograron que se volviera a permitir la circulación de ese número de la revista, y lamenta que no hubiese más ejemplares impresos, pues a esas alturas ya habían conseguido la suficiente publicidad para que aumentara la demanda de aquella edición (461). Otra reflexión sobre la cruzada de Comstock es que, con éxito o sin él, esta no pudo haberse llevado a cabo sin el apoyo del *establishment* estadounidense, que puso todos los instrumentos a su alcance para que este iluminado actuara a su antojo. Con ese marco legal creado *ad hoc*, que llevaba hasta su nombre, y una institución dotada de personal y medios, Comstock se veía imbuido de la autoridad necesaria para convertirse en el guardián de la moral de sus compatriotas.

Algo parecido es lo que ocurrió con el otro personaje que nos ocupa, John Edgar Hoover, cuyas acciones como director del FBI fueron respaldadas por nada menos que seis presidentes de los Estados Unidos: Franklin D. Roosevelt, Harry S. Truman, Dwight D. Eisenhower, John F. Kennedy, Lyndon B. Johnson y Richard Nixon.<sup>6</sup> Habiendo sobrevivido a todos estos presidentes y a dieciséis fiscales generales, sin lugar a dudas Hoover podía presumir de ser uno de los hombres más poderosos de los Estados Unidos — tanto es así que, tras su mandato, en el FBI se estableció que la permanencia de los directores no podía exceder los diez años. En las notas biográficas sobre este personaje se suele encontrar una referencia al interés y la admiración que sentía desde sus tiempos de

---

<sup>5</sup> <http://www.comstockfilms.com>

<sup>6</sup> Roosevelt, Truman, Kennedy y Johnson pertenecían al Partido Demócrata, mientras que Eisenhower y Nixon eran miembros del Partido Republicano.

estudiante de Derecho por la figura de Anthony Comstock, lo que al parecer le llevó a intentar moldear su carrera siguiendo los métodos empleados por este. Martin Walker afirma que lo que le daría el espaldarazo definitivo a su carrera sería su tenaz persecución de la anarquista a la que acabamos de mencionar, también conectada con Comstock: Emma Goldman (19). Tras una larga cadena de esfuerzos y maniobras legales, este abogado conservador logró deportar a Goldman de los Estados Unidos en 1919 y, según Walker, “utilizó su expulsión como trampolín de un poder que ejercería y del que abusaría en los cincuenta años siguientes” (19). Mi intención es esbozar los mecanismos represores empleados por Hoover durante los primeros años de su carrera, a través del caso específico de su persecución a Goldman, pues, como afirma Walker, su caso se convertiría en la plantilla sobre la que se dibujaría la suerte de otros disidentes en aquella “democracia moderna equipada con las más inspiradoras salvaguardas constitucionales” (25).

El patrón empleado con Goldman se repetiría, efectivamente, a lo largo del siglo XX contra líderes sindicales, contra comunistas y sus simpatizantes, contra defensores de los derechos civiles, o contra los que protestaron contra la guerra de Vietnam. Según Walker es el siguiente: “Primero, se identifica al peligroso/a disidente; luego se le expone en los medios de comunicación con una campaña sensacionalista en la que se le presenta como un/a espantoso/a extremista” (25-26). Llegados a ese punto, no se necesita más intervención del Estado: ya se puede confiar en la labor de los americanos patriotas, que empezarán a emprender todo tipo de acciones contra esa amenaza construida entre muchos (26). El papel de los medios de comunicación como aliado necesario del Estado podría llegar a asumirse como algo natural, pero no debemos pasarlo por alto. Podría darse el caso, según Walker, de que fuera necesaria alguna otra intervención del Estado, ya sea controlando la conducta del disidente para abrirle un expediente en los servicios de inteligencia o acosando a sus amigos, familiares y compañeros. En los casos más extremos, el Estado podría llegar a emprender una acción más directa, legal o no legal, ejerciendo una presión discreta sobre figuras públicas y políticas para que declaren la necesidad del Estado democrático de defenderse contra los ataques antidemocráticos de un disidente concreto (26).

Todo ese mecanismo fue refinado, afirma Walker, por J. Edgar Hoover —y no solo en el caso de Emma Goldman. Con tan solo veintidós años, tras haber finalizado su carrera de derecho y haber logrado escabullirse de ser reclutado en 1917 para luchar por su país en la primera guerra mundial, este gran patriota entraría a trabajar en el Ministerio de Justicia, concretamente en la Oficina de Enemigos Extranjeros (*Alien Enemy Bureau*). Desde esa oficina, Hoover trabajaba en contacto directo con la que entonces se llamaba *Bureau of Investigation* del Ministerio de Justicia, que en los tiempos que corrían estaba concentrada en investigar los movimientos contrarios a la guerra, identificando a los que escapaban al reclutamiento obligatorio y a los sindicalistas del *Industrial Workers of the World* (IWW), sindicato que denunciaba que aquella era una “guerra capitalista”. Fue así como Hoover conoció a Emma Goldman.

Goldman y su compañero, Alexander Berkman, serían detenidos en junio de 1917 acusados de conspirar para “inducir a personas a no registrarse” para ser reclutados. Se les impuso una fianza imposible, de veinticinco mil dólares, y se intentó probar, sin éxito, que Goldman y el movimiento en contra de la participación de los Estados Unidos en la primera guerra mundial habían recibido dinero secreto de fuentes alemanas. Aun así, Goldman y Berkman fueron declarados culpables y sentenciados a dos años de prisión, pero eso no era suficiente para el Ministerio de Justicia: el objetivo era deportarla y, para poder probar si

Goldman era o no extranjera, Hoover fue encargado de investigar los detalles de su matrimonio en 1887 con un tal Jacob Kersner, pues si se demostraba que no era una ciudadana naturalizada podría ser expulsada del país. Esa estrategia legal ya se había intentado llevar a cabo anteriormente, cuando en 1908 un fiscal de Pittsburgh había resuelto que la ciudadanía de Kersner no era válida puesto que este había mentido sobre su edad y su fecha de entrada al país —aunque las pruebas que demostraban esos hechos eran dudosas. En aquel momento no se pudo hacer nada contra Goldman, pues no encontraron a su ex marido; sin embargo, Hoover sí que pudo demostrar que Kersner había fallecido en enero de 1919, ergo Goldman no era ciudadana de los Estados Unidos, ergo podía ser deportada (Drinnon, 187-223).

En opinión de Walker, la figura de Goldman fue emblemática para lanzar definitivamente la carrera de Hoover. No en vano, más de la mitad del informe que el fiscal general, Mitchell Palmer, presentó al Senado en 1919, titulado “Actividades de investigación del Ministerio de Justicia”, estaba dedicado a ella. Hoover había recopilado para Palmer todo el rosario de presuntas “fechorías” de “Emma la Roja”, eliminando cualquier aspecto que diera una imagen positiva de ella. En el memorando especial redactado por Hoover en agosto de 1919, este afirmaba: “Emma Goldman y Alexander Berkman son, sin lugar a dudas, dos de los más peligrosos anarquistas de este país, y si se les permite regresar se hará un daño inmerecido a la comunidad” (Walker, 29). La retórica del discurso no hacía más que insistir en la necesidad de deportar a estos dos disidentes, que en aquellos momentos aún se encontraban en prisión. Finalmente, en diciembre de 1919, 249 rusos, entre los que se encontraban Goldman y Berkman, fueron expulsados de los Estados Unidos y trasladados a sus países de origen.

Una vez conseguido el objetivo de deportar a Goldman, y finalizada la guerra, Hoover solicitó al nuevo fiscal general mencionado anteriormente, Mitchell Palmer, que le permitiera seguir en el BI; Palmer accedió, le subió el sueldo y lo ascendió a jefe de la sección de Inteligencia General (*General Intelligence Division*) del Ministerio de Justicia, desde donde se le ordenó que identificara, localizara y deportara a los extranjeros radicales (Walker, 28). Ese fue el comienzo de la estrecha relación que mantuvieron Palmer y Hoover, que viviría su momento álgido cuando juntos organizaron la primera caza de brujas del siglo XX en los Estados Unidos, conocida históricamente como *Red Scare*. En tres meses Hoover había recopilado ciento cincuenta mil nombres, y ya en 1921 llegaban a cuatrocientos cincuenta mil los sindicalistas, anarquistas, socialistas, bolcheviques, o activistas en contra de la guerra que formaban parte de sus archivos, fueran o no extranjeros. El comunismo se convirtió en el objetivo claro de Hoover y Palmer, que tan solo en Nueva York llegaron a detener a unos dos mil “subversivos” entre junio y noviembre de 1919. Pero sería el 2 de enero de 1920 cuando ambos coordinaran las famosas redadas conocidas como *Palmer Raids*, en las que se detuvo a unas diez mil personas en treinta y tres ciudades del país simultáneamente. Las repercusiones de estas redadas fueron muy controvertidas, hasta el punto de que el mismísimo *New York Times* llegó a encontrarlas desmesuradas. Un artículo del periódico en los días posteriores hablaba de cómo se habían interrumpido bruscamente reuniones públicas, deteniendo de forma arbitraria y registrando a todas las personas presentes en las mismas, fueran ciudadanos del país o extranjeros, que eran tratados como vulgares ladrones. También explicaba cómo habían sido trasladados a comisaría sin órdenes de arresto, e interrogados por agentes de la policía secreta que les hacían firmar declaraciones en blanco (Walker, 28-29). Los libros de